

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Octubre de 1887

Año II

N.º 22

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

LAS MENTIRAS CONVENCIONALES DE NUESTRA CIVILIZACIÓN

III

La Mentira Monárquica y Aristocrática

Si se pudiesen considerar las instituciones existentes desde el punto de vista artístico y estético únicamente, no se vacilaría en reconocer que la organización actual del mundo se halla hábilmente regida, que es lógica y muy completa. Todas las partes se sostienen y encadenan necesariamente; corre de una extremidad á otra una sola línea lógica que une el todo. Cuando el edificio gótico del Estado en la Edad Media se hallaba aún intacto, debía de ser imponente y se aparecería á aquellos á quienes cobijaba como un lugar á la vez seguro, cómodo y soberbio. Hoy sólo queda la fachada, mientras que el resto del edificio yace arruinado ó ha desaparecido por completo, no dejando al que en él busca un abrigo un rincón donde guarecerse, pero la fachada conserva las proporciones del viejo palacio y continúa despertando en el espectador la idea de una construcción notablemente hábil. Lo que antes era una construcción sólida se ha convertido en una decoración puramente exterior y sin profundidad alguna.

La monarquía hállase inseparablemente ligada á la religión, la primera implica necesariamente á la segunda, pero no la recíproca. La religión puede ser una institución de Estado separada de la monarquía, ejemplo los Estados-Unidos. Por el contrario no se comprende la monarquía sin la creencia en Dios. Se concibe un hombre fuerte y violento que se apodera de la soberanía de un país; pero si pretende fundar dinastía sólo tiene el recurso de apoyarse en la religión, para que los que se sometieron á él por la fuerza se sometan luego á sus descendientes por la astucia. Si un dictador, por las condiciones excepcionales de su carácter, puede prescindir de la religión, le es imposible hacer otro tanto á un monarca legítimo, que ordinariamente posee cualidades inferiores al término medio de la inteligencia humana; tanto es así que si alguna vez los reyes sobresalen en cualquiera de los ramos del saber es á costa de haber sacado todo el partido posible de alguna aptitud natural que puedan poseer, y aún así sus méritos siempre nos llegan adulterados por la adulación cortesana.

De todos modos, tanto si es un Federico el Grande lo mismo que un Fernando VII, todos son Majestad, todo el mundo se inclina ante su soberanía, y si hay quien pregunta:—¿Por qué un cobarde manda poderosos ejércitos? ¿por qué un ignorante es protector de universidades y academias? ¿por qué un criminal dispensa la justicia? ¿por qué un corrompi-

do es el remunerador de la virtud? ¿por qué un ente raquítico rige los destinos de un pueblo fuerte?—«Por la gracia de Dios,» se responde, y con esta contestación queda satisfecho un pueblo creyente é ignorante.

La invención más absurda de nuestro siglo es la monarquía liberal ó constitucional, en la cual se pretende confundir en una dos concepciones diametralmente opuestas. Desgraciadamente las cosas humanas no se rigen por la lógica, sino por la indolencia, por la fuerza de inercia; ó por decir mejor, la lógica no hace valer sus derechos más que á largos intervalos, y si no fuera así, esa monstruosidad llamada monarquía constitucional no subsistiría ni una hora siquiera. ¡La monarquía establecida por Dios parte su sagrado poder con los mortales! ¡El monarca deja limitar su poder, emanación directa de la voluntad de Dios, por los representantes del pueblo! ¡Admite el monarca que se limite la voluntad de Dios! El monarca que tal hace y permite comete un sacrilegio. Por el contrario: si el pueblo tiene el derecho á gobernarse, ¿cómo se somete á un rey hereditario cuya voluntad pesa tanto como la del pueblo entero? Dos soberanías son imposibles: para el rey por la gracia de Dios el derecho del pueblo es una negación de la potencia divina, para el pueblo la monarquía es una negación de la potencia nacional.

La monarquía absoluta rodeada de instituciones de la Edad Media obedece á la lógica y satisface al que busca la proporción y la armonía; basta únicamente aceptar la fe y abandonar la razón. La monarquía y la religión se sostienen en mutuo compadrazgo: el rey envía al pueblo á la iglesia y el cura le predica el respeto al palacio. El rey salmodia: «Hay un Dios, y para el que no crea en él tengo carceleros y verdugos.» El cura responde por la antífona: «El rey es el representante de Dios, y el que lo dude, aparte de los castigos terrenos, se atrae la condenación eterna.» El rey asegura que el cura no miente, y el cura afirma que el rey es la encarnación de la justicia. Testigos interesados en la propia causa no tienen valor en tribunal alguno; pero esta regla no alcanza á los que ciñen corona ó llevan afeitada la coronilla.

*

No condena el autor la monarquía en provecho de la república, por la cual no profesa el cándido entusiasmo de ese liberalismo tan generalizado que se encanta con la sonoridad del nombre sin profundizar su significado. Para muchos liberales la república es el objeto inmediato, en vez de ser el último; si la república ha de ser un progreso y una verdad, implica necesariamente toda una serie de instituciones sociales, económicas y políticas, absolutamente diferentes de las instituciones vigentes. En tanto que la vieja Europa guarde sus formas actuales de civilización la república será una palabra vana. Una revolución que transformase en república una de las monarquías europeas haría lo que los apóstoles del cristianismo en los primeros tiempos de la Edad Media, que dejaban á los paganos sus dioses, sus fiestas y sus costumbres, contentándose con que ostentasen únicamente el nombre de cristianos. El único efecto de estas transformaciones es pegar nuevas etiquetas á viejas mercancías y

presentarlas al crédulo pueblo como un producto excelente. La república es el anillo final de una larga cadena de desenvolvimientos, la forma política en que se encarna la idea del derecho ilimitado de la nación á disponer de sí misma; cuando tiene una base orgánica y no es una falsa fórmula, son imposibles los privilegios y las distinciones hereditarias, la influencia preponderante del gran capital, el poder de la burocracia y toda tutela ejercida sobre el pueblo (1). Las repúblicas italianas de 1848, la de España del 73 y la actual de Francia son monarquías con el trono vacante.

La Revolución francesa comprendió que no bastaba expulsar al rey para fundar una república, y por eso, con la monarquía destruyó todas las instituciones monárquicas, del mismo modo que después de la muerte de un apestado se entierra el cadáver y se entregan á las llamas los muebles y ropas del difunto; abolió la nobleza, arrasó sus castillos, arrancó del idioma las palabras que significaban dominación y obediencia, creó una nueva religión, inventó un calendario, organizó nuevas fiestas, prescribió otras costumbres y trató de construir otro mundo en el que no hubiese ni un recuerdo para el curso del desarrollo histórico anterior. Sin embargo, todo fué inútil; se cambió todo al exterior, pero no se rehizo el cerebro humano. El hábito de muchos siglos fué más fuerte que la ley apoyada en la guillotina, é inmediatamente después del Terror los millonarios, merced á las fraudulentas contratas con el Estado ó al tráfico con los bienes de los emigrados, tomaron la preeminencia que antes tuvo la nobleza, y Napoleón no tuvo más que dar títulos á esos afortunados bandidos para fomar una aristocracia semejante á la destruída. Apenas pasada la tormenta revolucionaria quedó en pié la construcción social de la Edad Media.

Es inútil destruir una parte de la vieja organización y dejar subsistir el resto. Decapitar á Luis XVI y persistir en la creencia del Sér Supremo, de una providencia sobrenatural; venerar la Biblia y practicar el culto de los muertos, etc., es un acto criminal sin objeto. Una revolución exclusivamente política que sólo cambia la forma gubernamental y no toca á las hipótesis sociales, económicas y filosóficas de donde se deriva lógicamente la monarquía, no tiene justificación alguna; es una perturbación brutal, puramente exterior, semejante á las decisiones de un tirano demente.

Una república con religión reconocida por el Estado, con fórmulas de juramento religioso, con leyes que castigan el sacrilegio, con privilegios de nacimiento, con la influencia preponderante de la fortuna hereditaria, no es un progreso para la humanidad y no tiene ventaja alguna esencial sobre la monarquía; aun le es inferior por cuanto no satisfa-

(1) Todo eso es demasiado para la república y poco para la anarquía. Se ve que Max Nordau ha estudiado bien y con buen criterio los errores de la civilización, pero no se ha lanzado al estudio de las aspiraciones del porvenir, aunque por una especie de instinto inconsciente se dirige á la anarquía.

ce la lógica y la estética como el edificio histórico de la monarquía absoluta.

¡Extraña paradoja de nuestra civilización! La monarquía ha abandonado como superfluos, entre sus diferentes títulos, los que pudieran subsistir ante la razón, y ha conservado solamente aquellos que se desvanecen á la menor insinuación de la crítica: no se justifica por el hecho, sino por su origen divino; no reina en nombre de su ejército, sino por la gracia de Dios. Aunque un ejército sea un argumento irresistible en nuestros días, los reyes afirman en serio que tienen patente directa de Dios, y esto, que en la Edad Media podía ser creído, es altamente ridículo cuando la crítica histórica ha averiguado que los Borbones descienden de un gran propietario territorial llamado Hugo Capeto, ó, según la tradición popular, de un carnicero conocido por Roberto el Fuerte; los Habsbourg, de quienes ni una gota de sangre corre por las venas de la familia reinante en Austria, descienden de un espadachín franco-nio, especie de baratero, ó ejecutor de los odios del que le pagaba; los Romanof, nada puede decir la crítica acerca de quién sería el padre de un hijo de Catalina II; los Hohenzollern pueden presentar una partida decente de nacimiento, fueron sus padres honrados y pobres; la dinastía inglesa tiene en duda la legitimidad de la sangre real entre más de una docena de familias diferentes.

¿Qué lugar queda en la historia para la intervención de la gracia de Dios? ¿En qué momento obtuvieron esa gracia los fundadores de dinastías? Siendo todos ellos usurpadores de la soberanía, sólo pudieron alcanzarla en el momento en que se libraron de la muerte por perturbadores y en que se decidió en su favor la victoria, y así resulta evidente que la gracia de Dios no es más que la casualidad del buen éxito.

Dejando á un lado los orígenes y los títulos de las dinastías, y entrando á considerar la monarquía constitucional, se ve que este sistema condena á una mentira permanente á cuantos en él figuran. Mienten las leyes cuando toman la forma de manifestaciones de la voluntad del rey; mienten los ministros al servirse del nombre del rey para ejecutar sus actos oficiales; miente el rey cuando habla en primera persona al dirigirse á los diputados, al nombrar un ministro, al promulgar una ley y en todos los nombramientos, decretos y actos gubernamentales en que toma parte, en todos los cuales no hace más que obedecer la voluntad de sus ministros.

Recíprocamente es también falsa la situación de los representantes del pueblo, sobre todo la de los partidos liberales, que han de pasar por las horcas caudinas del juramento.

En los tiempos clásicos de la monarquía el palacio real era un santuario; hoy hállase expuesto á las miradas de todo el mundo y deja el campo libre á la murmuración; el último de sus vasallos sabe si el rey juega á la Bolsa, si padece enfermedades repugnantes, conoce sus vicios y su ignorancia; y sin embargo, un artista que acaba de producir una obra admirable, un sabio que ha descubierto un utilísimo invento, solicitan

una audiencia del rey como la mayor recompensa á que puedan aspirar, y hombres iluminados por la majestad del genio ambicionan fijar por un momento la mirada indiferente de un mortal ignorante y frívolo elevado al trono.

La aristocracia hereditaria profesa respecto del rey sentimientos más viles que la aristocracia del genio; rodea constante y directamente al rey; bajo la corona ve el gorro de dormir, y bajo el manto de púrpura, la almilla de franela; de ella parten las caricaturas, las burlas y las calumnias; se burla de las debilidades y de los crímenes reales; y no obstante esos nobles hereditarios no tienen ambición más alta que obtener, por adulaciones y bajezas, el favor del rey; le entregan sus mujeres y sus hijas, y aceptan con alegría y como una honra el papel de domésticos, recaderos y alcahuetes.

Es sin duda un sentimiento profundamente arraigado en la especie humana el que lleva á la multitud á prosternarse ante toda persona que goza de la consideración de superioridad. El hombre es un animal que vive en rebaños, y como tal tiene todos los instintos propios de esta clase de animales. Entre estos instintos se coloca en primera línea la sumisión á un jefe, pero sólo al jefe que el rebaño acepta, y aunque un corto número de hombres escogidos juzguen al individuo según sus cualidades, la multitud considera únicamente su acción sobre los otros. Así se explica que todo hombre célebre ó solamente conocido y frecuentemente de mala fama disfrute de entusiastas partidarios negados al mérito solitario que desdena la vana popularidad. No se necesita ser rey para tener una corte: los cómicos, los prestidigitadores, los clowns tienen sus aduladores (1); hay quien trata de ponerse en relación con criminales conocidos y se vanagloria de ello. Muchos explican esto por la vanidad, pero no es sino una vuelta á las ideas primitivas del hombre, un retroceso á la animalidad.

La mentira monárquica es mucho más repugnante que la mentira religiosa, porque el hombre ilustrado que se arrodilla y refunfuña oraciones obra por pereza intelectual, por indiferencia ó por cobarde condescendencia, y cuando por fingida piedad se procura el favor del clero, se humilla delante de un símbolo y no besa directamente la mano de la cual espera una recompensa; pero el cortesano que se arrastra, el burgués que ilumina su casa, el poeta que compone himnos al casamiento del rey ó al nacimiento de un príncipe se entregan á tales demostraciones por una recompensa que quieren recibir en efectivo; en nada se diferencian de la prostituta que pronuncia palabras de amor y hace carocas en razón de la moneda con que se le paga.

(1) Si el autor conociese nuestro país hubiera hecho mención especial de los toreros, especie de magistratura soberana, ante la cual se prosternan los nobles, los banqueros, el claustro universitario y, para llenar completamente la escena, la comparsa popular. Esa respetada clase tiene libre acceso á las más altas regiones, á veces derriba ministerios, y su ilustración es tanta, que de algún miembro de ella se dice que sabe leer y escribir.

Muchos consideran la mentira monárquica constitucional como inofensiva: es una simple decoración, dicen; el monarca tiene menos poder que el presidente de los Estados-Unidos. Inglaterra, Bélgica, Italia y España son repúblicas presididas por un rey. Es este un grave error que ha de producir fatales consecuencias: los reyes, amenazados por la ola popular é instigados por el instinto de conservación, recurren á la solidaridad ni más ni menos que los trabajadores que se agrupan por oficios, y sus relaciones íntimas y secretas junto con sus grandes medios y la venalidad de los políticos, constituyen una tremenda conspiración contra el progreso. Los pseudo-liberales que creen engañar á los reyes concediéndoles privilegios y honores ilusorios, según ellos, se engañan á sí propios. No está la falsedad en la monarquía, como creen los que cometen la mentira dinástica constitucional, está en la soberanía nacional.

*

Así como no puede haber monarquía sin religión que la justifique, no puede haberla tampoco sin aristocracia que la sostenga. Si hay reinos sin aristocracia, como Grecia, Rumanía y Servia, y otros que la han abolido, como Noruega y el Brasil, no constituye esto un argumento en contra de la afirmación; porque una de dos: ó esos Estados abolirán también la monarquía, ó en la generación próxima formarán una nobleza hereditaria que, aunque carezca de títulos, poseerá como tal verdaderos privilegios, no de otra manera pueden sostenerse las dinastías.

Es á la vez odioso y extraño ver existentes esos restos de la Edad Media. Tenemos hoy una clase de hombres que imita la constitución de las castas de la India y del Egipto; se adjudica títulos que antiguamente significaban funciones, pero que hoy carecen de sentido; pinta, esculpe ó graba en sus coches, en sus casas, en sus muebles y en sus sellos figuras repugnantes de un ridículo simbolismo, y se da el caso de que un gomoso, apenas apto para dirigir un cotillón, ostenta el título de duque, denominación que se aplicaba al general en jefe de un ejército, ó que un jorobado, escrofuloso y menos inteligente que un barrendero se enorgullezca con la nobleza de su nacimiento.

No puede decirse que la igualdad daría una organización más razonable de la sociedad. La igualdad es una quimera de teóricos de gabinete ó de soñadores que no han observado la naturaleza humana. La Revolución francesa creyó resumir las ideas de los enciclopedistas en estas palabras: «Libertad, Igualdad, Fraternidad,» pero los precursores de aquella Revolución no dieron á la palabra Igualdad más extensión que la igualdad ante la ley, no en manera alguna la interpretación que irreflexivamente le viene dando desde entonces la democracia de taberna.

Dejando á un lado la Libertad, que, si algo significa, sólo puede ser la supresión de los obstáculos que la arbitrariedad y la ignorancia opongan al juego fecundo de las fuerzas naturales del individuo y de los grupos sociales, y la Fraternidad, objeto final del desarrollo de la humani-

dad, un presentimiento de su más alta perfección, vengamos al estudio de la Igualdad.

La igualdad ante la ley sólo es posible en teoría. Si la aplicación de las leyes se hiciera por medio de una máquina, mecánica y matemáticamente se haría justicia; pero como los encargados de aplicarlas son hombres sometidos al influjo de las pasiones, es natural que practiquen siempre la desigualdad.

La igualdad social es puramente imaginaria; hállese en oposición con todas las leyes vitales del mundo orgánico. Ateniéndose á la concepción científica del mundo, hay que reconocer precisamente en la desigualdad de los seres vivientes el origen de todo desarrollo y de toda perfección. Un sér mejor dotado hace sentir su superioridad á los de su especie; los oprimidos y perjudicados resisten, el privilegiado los violenta, y en esta lucha las fuerzas del más débil se acrecientan y las del más fuerte se desplegan hasta su más alta potencia, de modo que cada aparición de un individuo favorecido es una excitación para la especie entera, que por este modo sube un grado. En la lucha por los primeros puestos los individuos más imperfectos se anonadan y desaparecen y el tipo medio no cesa de perfeccionarse; es una gradación ascendente, eterna, una tensión continua de las facultades de todos, cuyo resultado es la ascensión constante hacia el ideal.

La desigualdad es, pues, una ley de la naturaleza, y por ella se justifica la existencia de la aristocracia. No se opone á la razón que la aristocracia forme una clase hereditaria, toda vez que la observación demuestra que las cualidades del individuo se transmiten á su descendencia, y aunque fuera mejor para los aristócratas y para la colectividad plebeya que cada individuo conquistase por sus propios esfuerzos el lugar preponderante, lo que les pondría al abrigo de la decadencia, no es menos probable que en lucha abierta quedasen vencedores el mayor número de los hijos de los mejor dotados.

Una aristocracia hereditaria, no es solamente natural, es también útil. En una democracia cuyo ideal sea la igualdad, sólo los ancianos llegan á las posiciones influyentes; es un caso excepcional que un joven pueda derrotar á sus concurrentes y llegar á diputado, jefe de un partido, ministro, jefe de una nación, cosa reservada á las revoluciones, que como hecho anormal no pueden constituir regla, pero los viejos no son accesibles á las ideas nuevas, porque según una ley fisiológica la corriente nerviosa recorre más fácilmente las vías acostumbradas y se abre penosamente vías nuevas, y esta ley, que hace del anciano un autó-mata en todas sus funciones orgánicas, sin exceptuar las del sentimiento y las de la inteligencia, tiene consecuencias funestas, da origen á lo que se llama la osificación de los viejos. Una nación regida por ancianos corre el peligro de estacionarse y quedar reducida á la rutina y á la tradición.

La inexperiencia y la prontitud de la juventud, que forman el reverso de la medalla, no puede causar grandes perjuicios. En el mecanismo complicado del Estado hay mucha distancia de la iniciativa, de la con-

cepción de una idea, á la práctica, porque los numerosos engranajes gastan naturalmente el primer impulso y sólo queda una pequeña fuerza al servicio del efecto final útil. La existencia de una aristocracia hereditaria permite en una situación normal la entrada de gran número de jóvenes privilegiados en las altas posiciones, que tienen sobre la oscura masa del pueblo la ventaja de la notoriedad, en tanto que el plebeyo debe gastar sus mejores años y sus más bellas cualidades en alcanzarla: para el aristócrata el servicio de la nación es el principio de su carrera; para el hijo del pueblo eso mismo constituye el fin.

Otra de las ventajas de la existencia de una aristocracia hereditaria es la posesión de un nombre ilustre, que garantiza al que lo lleva una concepción más segura del deber y más alto ideal de la humanidad que un individuo de baja extracción, y esto se debe á su orgullo de familia, porque por regla general, y despreciando las excepciones, en el aristócrata existe muy vivo el sentimiento de solidaridad con toda su raza, mientras que el plebeyo se siente único y no puede temer como el otro la comparación con la virtud ó el heroísmo de sus antepasados. El hombre ordinario no tiene estímulo para el heroísmo, su sacrificio, por útil que sea á la humanidad, se borra en la fosa común, al paso que el del aristócrata pasa necesariamente á la posteridad, y este difícil acceso al templo de la gloria es una garantía más en favor del aristócrata.

Indudablemente se fortificará poco á poco el sentimiento íntimo de la solidaridad humana; nunca han faltado hombres extraordinarios que han derramado su sangre sin vacilar por el bien del género humano; pero la generalidad hállase sumida aún en el individualismo y el egoísmo, y sólo muy lentamente el estrecho sentimiento del interés personal inmediato se ensanchará hasta la comprensión de la unidad de interés de la comunidad, del pueblo, de la especie.

Las ventajas de la existencia de una aristocracia hállanse contrapesadas por sus inconvenientes: la clase privilegiada, mejor dotada físicamente que la generalidad, puede influir sobre el carácter de un pueblo, pero no sobre su nivel intelectual, por la sencilla razón de que los méritos intelectuales no se transmiten por herencia. Los hombres de gran talento no suelen tener sucesión; se siente la acción de una ley misteriosa que impide que se produzcan en una sola raza demasiado grandes diferencias intelectuales, y asusta la consideración de lo que sería una familia que transmitiese por herencia los genios de Shakespeare, Goethe, Schiller, Heine, Humboldt.

La aristocracia conduce inevitablemente á injusticias contra los particulares, porque por sus privilegios ha de vencer siempre al plebeyo en igualdad ó aun en inferioridad de condiciones morales.

Desde el punto de vista científico, la desigualdad se impone, y brota inevitablemente del seno mismo de las democracias.

*

Supone el autor que la aristocracia es una institución natural de la humanidad, por esto mismo inevitable y probablemente eterna, y no se

se levanta contra los honores y privilegios que se le conceden, pero con la única condición de que la aristocracia forme realmente la mejor y la más digna parte del pueblo; porque para que una casta nobiliaria exista de derecho, debe probar el fundamento antropológico de sus pretensiones; debe salir de un grupo escogido y por la selección mantener y acrecentar sus cualidades. Sólo de esta manera puede conservar intacta la superioridad, y sino ha de desaparecer; debe ser heroica, porque si ante el peligro estima más la vida que los privilegios, otros que no teman la muerte se los arrancarán; debe figurar siempre como paladín, porque si no se pone resueltamente á la cabeza, será desbordada y relegada á los últimos puestos; no puede, en fin, formar casta cerrada, porque perderá su vigor, y en cuanto se note su debilidad será arrojada del pedestal. Cada vez que del pueblo surja un individuo superior, debe abrirle sus brazos la aristocracia, con lo cual se evita la degeneración y mejora su sangre.

Tal es en teoría la aristocracia cuya superioridad debiera ser reconocida. En la práctica ya es otra cosa; lo que se llama la nobleza, la clase que se distingue del resto de la nación por sus títulos hereditarios no satisface ninguna de las condiciones de una aristocracia natural. Hay la nobleza primitiva, nacional ó divina en los pueblos en que no se ha impuesto ninguna tribu extranjera; en los pueblos sojuzgados existe la nobleza conquistadora: estas dos clases de nobleza se han extinguido ó han degenerado en todas partes. La causa de esto se debe al exclusivismo que ha impedido el rejuvenecimiento; al agotamiento de la fecundidad, y á que muchos descendientes de las grandes figuras de la historia han llegado á ser débiles, tontos y cobardes y no han sabido defender sus privilegios contra enemigos ávidos y fuertes, por lo que su sangre corre hoy en las venas de las clases ínfimas, dejando su plaza vacante á disposición de gentes que deben su grandeza, no á la naturaleza, sino al favor.

Toda la nobleza actual ha sido creada por diplomas, y en muchos casos débense esos diplomas á desenvolturas femeninas y á vergonzosas complacencias de los antepasados. El vicio, el fraude, la intriga, la holgazanería, hé aquí lo que contiene ese cuerpo que se denomina con un adjetivo que sólo corresponde á los que en todo tiempo y lugar practican el bien (1).

La mentira de la nobleza de diploma que se ha introducido fraudu-

(1) Hemos puesto empeño en condensar bien el pensamiento del autor en este punto, precisamente porque en él difiere de nuestras ideas.

Es una preocupación de moda entre los sabios combatir las tendencias igualitarias del socialismo, valiéndose para ello del argumento de la preponderancia de los seres superiores, pero este argumento sólo tiene fuerza si se admite la permanencia de la sociedad individualista, y aun así resulta, como lo hace notar el autor en la defensa de la teoría aristocrática comparándola con la aristocracia de hecho, que no ocupan los puestos privilegiados aquellos á quienes les correspondería, sino seres abyectos y despreciables.

Afortunadamente la humanidad, á pesar de todos los obstáculos, camina hacia la sociedad armónica, y en ella no habrá seres inferiores ni superiores, sino á lo sumo diversas aptitudes, todas útiles y necesarias, en cuyo desempeño podrá cada cual ocupar dignamente un puesto y todos serán absolutamente iguales ante la solidaridad de la especie y ante los derechos sociales.

lentamente, á la manera de parásitos, en las formas y los privilegios de la nobleza de la sangre, aunque desenmascarada por la historia y por la razón, vive y es como piedra angular del edificio monárquico. Se afecta creer que un necio que se llame «señor conde» está formado de una materia mejor y más rara que la del resto de los hombres. Admítase que un príncipe pueda ennoblecer á un ente vulgar con sólo garrapatear algunas letras sobre un pergamino: por disparatado que esto parezca, si se admite que el príncipe lo es por la gracia de Dios, bien puede operar esa metamórfosis, que no es más inverosímil que los milagros de la Biblia y de los santos.

CIENCIA BURGUESA Y CIENCIA OBRERA

EL Consejo Local de Barcelona de la Federación de Trabajadores de la Región Española ha tomado una importantísima resolución, y en su nombre vengo á anunciároslo. Ha acordado la creación de Conferencias de Estudios Sociales, donde todos los federados puedan venir á exponer sus ideas, sus esperanzas, sus dudas y sus conocimientos sociológicos para resolverlos por medio de la discusión razonada y de la controversia fraternal en afirmaciones demostradas, y conseguir la formación de la ciencia obrera, cimiento indestructible del edificio de la sociedad del porvenir, en la que la emancipación que tanto ambicionamos será un hecho, la justicia y la economía en inseparable concurso regularán todas las relaciones sociales, y la felicidad individual y colectiva iluminará las generaciones que tengan la inefable dicha de vivir sobre nuestros consumidos restos.

He dicho la ciencia obrera, y he de explicar esta frase, con el fin de demostraros que la generalización que entraña la palabra *ciencia* no se destruye por la particularización inherente al calificativo *obrero*.

La ciencia es la verdad conocida.

Parece natural que cuantos sean aptos para conocer pueden constituir las unidades componentes del gran todo científico, y poseyendo esa aptitud el género humano, la ciencia debiera ser humana. Esto indica la razón, esto exige la lógica; pero contra la razón y la lógica está el privilegio, que desde la infancia de la humanidad hasta nuestros días recluyó la ciencia en el templo, en el convento ó en la universidad, reservando á sus favorecidos la explicación de los fenómenos naturales, el conocimiento de la historia, el análisis de las fuerzas físicas, para dar á los desheredados, mitos para atrofiar su inteligencia, leyes para rebajar su dignidad, falsa moral y supersticiones para embrutecerlos. Sirvió la ciencia á los privilegiados para hacer trabajar al pobre y arrancarle después el fruto de su trabajo. Por el monopolio de la ciencia llegaron la *Religión* y el *Estado* á convertirse en máquinas de gran poder absorbente para extraer el jugo de la vida de los trabajadores, y la acumulación de tantos productos, resultado de tan enorme espoliación, creó la *Propiedad*.

Hay, pues, ciencia privilegiada, y si se tiene en cuenta que el privile-

gio actual se halla vinculado en la burguesía, bien puede decirse que hay *ciencia burguesa*.

El privilegio procuró casi siempre la ciencia para sí y la ignorancia para su víctima, exceptuando únicamente el caso de aquellos nobles de la Edad Media que hacían gala de no saber leer ni escribir, y aun éstos vivían descansados sobre los conocimientos de la teocracia.

En su consecuencia, la ciencia que adquieran los que no tratan de explotar á nadie y sólo pretenden librarse de la explotación, será la verdadera ciencia, la ciencia igualitaria y justiciera: ese honor corresponde á la *ciencia obrera*, y si este calificativo parece poco adecuado, en virtud del estado de ignorancia en que se ha pretendido sumir eternamente á los trabajadores, y también porque denomina una de las actuales clases sociales, tiene en su apoyo la constitución como cuerpo revolucionario pensante y militante del proletariado, y la seguridad de que la sociedad ultrarevolucionaria dará la ciencia desde la primera edad á todos los miembros sociales, que para tener el derecho de tales han de ser todos productores.

Proclamamos, pues, la ciencia obrera: de la ciencia burguesa tomaremos la verdad y desecharemos los sofismas que sirven de base al privilegio, y con criterio despreocupado iremos agrupando conocimientos que sirvan para beneficiar á todos los hombres y para impedir que infames mixtificadores puedan privarnos de nuestros derechos naturales y arrebatarnos el fruto de nuestro trabajo.

No son las consideraciones expuestas las únicas que abonan la ciencia obrera.

Lleva en sí la ciencia burguesa elementos que la contradicen y que neutralizan sus efectos: aprenden los burgueses en establecimientos donde se da una enseñanza supeditada al dogma religioso y á los errores económicos dominantes, que si no han llegado á constituir dogma poco les falta. Por el dogma religioso aprenden los burgueses las ciencias exactas supeditadas al Génesis, y mientras la geología, por el estudio de las capas terrestres, señala miles de siglos á nuestro globo, la universidad ha de contentarse con los 6,000 años del P. Petavio; la antropología y la etnología contienen abundante caudal de verdades demostradas respecto á los antecedentes de nuestra especie y á la formación de las diversas razas humanas que pueblan la superficie de la tierra, y los doctores de nuestra burguesía han de enseñar la leyenda de Adán y Eva y explicar las razas por la dispersión acaecida después del fracaso de la torre de Babel. En economía se enseña, conforme lo que en la sociedad inicua-mente se practica, que el dinero, valor ficticio que representa el trabajo, puede obtener un premio que se acumula al capital, aumentando incesantemente capital y réditos, con lo que los poseedores pueden adquirir en propiedad personal y absoluta porciones de suelo, palacios para su propia habitación, casas como jaulas para que mediante rentas exorbitantes las habiten los no propietarios, fábricas é instrumentos de trabajo para que por medio de mezquinos salarios las hagan funcionar hombres

alquilados para ese fin; mientras que á los trabajadores, los productores del verdadero valor, se les despoja del fruto de su trabajo y se les da en cambio un jornal, medio de subsistencia que se da al hombre libre, equivalente á la miserable pitanza que el amo de carne humana daba al esclavo, para que viviera y mantuviera incólume el valor de la humana mercancía.

Eso aprenden los burgueses, y á eso llaman ciencia. Comprenden también los programas de enseñanza burguesa, la teología, llamada ciencia de Dios; la legislación, ciencia del derecho, y la filosofía, pretendida investigación de la verdad absoluta; pero ni la teología, ni la legislación, ni la filosofía, son ciencias, porque carecen de base de observación; para servirme de una frase gráfica comprensible entre trabajadores, diré que les falta material de trabajo y plan de construcción.

Dios, como principio, es una hipótesis empleada por la ignorancia de los primeros tiempos para explicarse la existencia del universo, y partiendo de la falsa creencia de la maldad ingénita en el hombre, sirve también de base á la moral. Como fin, Dios es una justicia para suplir la incapacidad para el bien atribuída á los hombres: al malo el castigo eterno; al bueno la recompensa imperecedera. Pero si Dios está fuera del alcance de nuestros sentidos, de nuestros medios de investigación, si á Dios no se le ve, no se le oye, no se le huele, no se le toca y no se le gusta, no hay Dios para la ciencia, no hay Dios para la verdad, no hay Dios para los trabajadores, y mucho menos le habrá si se tiene en cuenta que, según la misma teología, Dios es incomprensible para el hombre. Dejemos, pues, la teología con sus interminables infolios, sus lenguas muertas, su religión, sus milagros y sus dogmas; los trabajadores no podemos tener con ella más relación que la del odio, ya que ella nos manda el sufrimiento, el abandono de los bienes terrenos, y nos entrega como sumisas víctimas al sacrificio.

La ley, con respecto al hecho, es la imposición del fuerte contra el débil, y, con respecto al tiempo, es la negación del progreso. Lo que conviene al conquistador, los intereses del estadista, las preocupaciones del legislador se consignan en la ley; los sumisos vasallos ó ciudadanos se ven obligados á obedecerlo por el poder coercitivo de la máquina gubernamental de los Estados, y si el curso de los conocimientos humanos demuestra que aquello es injusto, se replica: «es legal;» y la injusticia tiene fuerza ejecutiva; y la justicia, si alcanza energía para tratar de llegar á vías de hecho, queda confinada en una cárcel ó en un presidio. Cuerpo de derecho se llama á la compilación de leyes efectuada en el curso de la historia, pero una doctrina que santificó siempre el privilegio dominante, que consumó tan infinito número de injusticias, que no ha dejado nunca de defender los intereses inicuamente creados, no es ciencia, no es verdad y no obliga moralmente á nadie, y por eso la ley se ha apoyado siempre en la fuerza pública.

La filosofía persigue el absurdo de encerrar en los estrechos límites de un sistema lo infinito, lo absoluto. El origen del universo, las condicio-

nes de vida de todo lo que existe y el objeto final de la creación se abarca con tremenda osadía por los sistematizadores filósofos, sin caer en la cuenta de que parten de un principio falso y plantean mal el método de sus investigaciones: sin datos no se despeja jamás una incógnita, y para conocer lo que podría ser el tiempo y el espacio antes de la existencia de la materia no suministra la razón más que un dato negativo, que consiste en la afirmación racional de que la nada nada produce y que la existencia de algo supone la preexistencia de algo. No obstante, los filósofos, á semejanza de los teólogos, han partido siempre del supuesto de una fuerza creadora sobrenatural y de una inteligencia ordenadora que impulsara lo creado á un objeto final, con lo cual llevaban su inteligencia á lo eterno, á lo infinito, á lo absoluto anterior y posterior á lo que no tiene, según ellos mismos, principio ni fin. En tal situación la filosofía no es ciencia, y sus trabajos, todo lo más, puede considerárselos como auxiliares de la ciencia; pero, entiéndase bien, como auxiliares involuntarios é inconscientes, porque han amontonado materiales para ensanchar la esfera de los conocimientos, del mismo modo que los trabajos de los alquimistas de la Edad Media buscando la piedra filosofal sirvieron para dar nacimiento á la química moderna. Por otra parte, producto de la fantasía, hay tantos sistemas filosóficos como inteligencias de primera magnitud se han dedicado á forjarlos; los filósofos de menos pretensiones se constituyen en sectarios, no sin introducir alguna innovación en el sistema, lo que da por resultado la existencia de tantos sistemas como filósofos. De ninguno resulta la evidencia, señal cierta de la falsedad de todos.

La ciencia es la verdad conocida, he dicho antes; ahora la definiré más categóricamente: La ciencia es el análisis de la materia y el estudio de sus relaciones morales y materiales. Esto enseña el positivismo moderno: esto han aprendido los trabajadores al salir de las sombras de la sumisión y de la ignorancia para entrar en la vida de la Revolución; y como poseen inteligencia virgen y conciencia limpia, no tienen sofismas de escuela que les impida aceptar las verdades científicas, ni intereses despreciables que con su peso les imposibilite elevar su vuelo á los extensos espacios donde ha de desarrollarse la inteligencia, la voluntad, la fantasía, el sentimiento y la actividad ingénita en nuestra especie.

Compte, Marx, Bakounin, la Internacional, la Commune de París son nombres y sucesos gloriosos que constituyen el génesis de la redención de los trabajadores.

El positivismo y el socialismo son hermanos gemelos: el uno es la revolución en el mundo de la idea, el otro es la revolución en el mundo de los hechos: ambos se completan, del mismo modo que en el hombre sano y bien conformado se aunan la inteligencia poderosa y la voluntad enérgica.

Por eso los trabajadores positivistas socialistas rechazan la doctrina con que los privilegiados han querido sustentar el dogma y la fe, la ley y la obediencia, la propiedad y la miseria, para sobre sus ruinas levantar

la ciencia y la razón, el contrato y la reciprocidad, la posesión del patrimonio universal y la felicidad inherente á la práctica universal del bien.

Una declaración importante he de hacer, ó, si se quiere, he de soltar una prenda; recójala quien quiera: al hablar de la ciencia obrera, partiendo del valor que ésta tenga ó pueda tener, no quiero supeditarla al grado de instrucción que individualmente tengan ó puedan tener los trabajadores. Las condiciones especiales en que la sociedad nos coloca nos obliga á seguir un método opuesto al más conveniente y racional, ya que no es posible que seres organizados para pensar, sentir y querer queden imposibilitados de ejercer tan nobles funciones, por mucho empeño que haya en imposibilitarlas. No damos, pues, á nuestros estudios el carácter de instrucción primaria, por más que esto pueda extrañar á muchos. No es que desdeñemos estos conocimientos, los estimamos en mucho y en mayor ó menor extensión los poseemos, y á los que de ellos carecen les excitamos á que los adquieran: nuestros actos revelan que esos conocimientos los poseemos, porque sin ellos no podríamos tener una organización que se sustenta por la activa correspondencia y la buena y ordenada administración, y además hemos podido contender con la burguesía en sus mismos centros, en reuniones públicas, en la prensa, y donde quiera que ha sido necesario presentar hombres en defensa de nuestra idea no han faltado ilustrados trabajadores que han cumplido dignamente con su deber; pero lo declaro muy alto, no queremos en la edad viril ocupar sistemáticamente nuestra inteligencia en estudios propios de la infancia; no queremos que nadie entienda que el adulto á quien la sociedad negó en tiempo oportuno los beneficios de la instrucción ha de pasar en las aulas horas destinadas al descanso, como en castigo de una ignorancia de que no es responsable, y sobre todo rechazamos la idea por la burguesía y aun por dudosos revolucionarios manifestada de que los trabajadores han de aplazar sus aspiraciones revolucionarias hasta haber alcanzado cierto grado de instrucción: los burgueses para explotarnos no nos piden un certificado del maestro de escuela ni un diploma de bachiller, sino que dicen:—¿tienes fuerza é inteligencia para producir en mi industria? toma una herramienta ó ponte en esa máquina, trabaja; los gobiernos nos imponen leyes, y sea cualquiera nuestra ilustración, nos exigen responsabilidad, nos obligan á cumplirlas. Si el derecho á las reivindicaciones sociales hubiese de ser posterior á la completa ilustración de los trabajadores, sería como resignarse el proletariado á vivir perpetuamente en la servidumbre, porque la burguesía, por acaparamiento y por sistema explotador, imposibilita la instrucción obrera: ved los trabajadores de la agricultura, reducidos á meros instrumentos de trabajo; llevan una vida vegetativa; imposibilitados de toda instrucción, es imposible que adquieran conocimientos que en absoluto se les niega. Los trabajadores de la industria parece se hallan en distinto caso, y no obstante, por la aplicación de la mecánica se reduce al obrero á una situación insostenible y el

progreso de la instrucción se dificulta cada vez más. Por ese camino la explotación se eterniza, la Revolución Social es imposible.

Dos tendencias se han manifestado respecto de este punto: una que quiere adornar al individuo de ciertos conocimientos particulares; otra que quiere elevar al individuo y á la colectividad á la consideración de los asuntos que á la humanidad entera interesan: de la primera salen obreros aptos para ingresar en la burguesía mediante un poco de protección que no siempre se obtiene sin menoscabo de la dignidad y de la honra, ó se forman capataces y mayordomos que tiranizan á sus compañeros en nombre de los intereses del amo; de la segunda salen trabajadores que ingresan en las falanges revolucionarias que tienen á su cargo la solución de los grandes problemas sociales.

A esta última clase pertenecemos, en este sentido ha planteado el Consejo Local las Conferencias de Estudios Sociales, por este medio quiere contribuir á aumentar el caudal de la ciencia obrera; para esto pide vuestro concurso como el de todos los trabajadores que forman la Federación Regional; no se le neguéis, contribuid todos á los trabajos iniciados hoy y que empezarán á desarrollarse el martes próximo y sucesivos, y tened la seguridad que por este medio prestaréis un servicio importantísimo á la Revolución Social.—L.

COMUNISTAS Y COLECTIVISTAS

I

A cada uno según sus servicios, dicen los colectivistas. *A cada uno según sus necesidades*, decimos los comunistas. «Diferencia secundaria,» dicen nuestros amigos de España. «Diferencia esencial,» decimos nosotros.

No nos impedirá esto marchar fraternalmente unidos con nuestros buenos amigos españoles el día que den la batalla á la propiedad individual y á la autoridad; como tampoco nos impide nuestra unión hoy y participar de los mismos odios contra este orden social que todos queremos enterrar bajo sus propios escombros.

Pero prevenimos á nuestros amigos que, ó han de ser comunistas desde la iniciación del movimiento, ó perecerán ahogados en sangre.

La Revolución Social ha de ser comunista si ha de cumplir su obra regeneradora; si no es más que colectivista, perecerá: tal es nuestra profunda convicción.

Analícemos la diferencia entre las dos escuelas:

Entre los colectivistas, el individuo retribuído, casi diríamos recompensado, por la sociedad según los *servicios* practicados. Entre nosotros, el individuo pidiendo de pleno derecho á la sociedad la satisfacción de todas sus *necesidades*. Estas dos concepciones difieren completamente, como filosofía, como programa de acción y como inmediatas consecuencias. La una es conforme á la esencia misma de la idea anarquista, á su manera de concebir el individuo y la sociedad; la otra es lo diametral-

mente opuesto. La una es la destrucción de las instituciones existentes, un nuevo punto de partida; la otra no es más que una reparación ó reforma del sistema económico actual. La una es la negación del *salariado*; la otra no es más que una modificación del mismo. La una, el comunismo, ve al *consumidor*, el hombre de las necesidades positivas, para ella trabajar es satisfacer sus necesidades; la otra ve al productor, el productor de la sociedad actual, produciendo para un consumidor desconocido, para un comprador. La una responde á las aspiraciones del pueblo, el pueblo comprende el comunismo; la otra nada dice al que tanto ha sufrido de esta sociedad: hambre y frío, penuria y enfermedad, presidio y metralla. La una es práctica y se impondrá por la marcha misma de los acontecimientos; la otra no lo es y será desbordada por la primera.

Tal es el comunismo anárquico, tal el colectivismo.

Antes no había más que comunistas é individualistas: el burgués, el explotador, permanecía individualista; el trabajador, el explotado, el rebelde se declaraba comunista; constituían dos campos opuestos é irreconciliables; se les vió frente á frente en las barricadas de Junio de 1848, porque, dígame lo que se quiera de la influencia de «la organización del trabajo de Luis Blanch,» y de la república y del sufragio universal de Ledru-Rollin, lo que el trabajador veía detrás de esas palabras era el camino del comunismo.

Más tarde se introdujo la palabra *socialismo*, palabra bastarda, nacida en Inglaterra, como compromiso entre los comunistas y los individualistas; una de esas palabras que, como el colectivismo de la Internacional, la liquidación social en lugar de la revolución social ó la nacionalización del suelo, de las minas y de las fábricas, se han lanzado recientemente, siempre en Inglaterra, para no asustar á los burgueses.

Después se dió aún un paso en la vía de las conciliaciones. Tomando la economía política de los burgueses, ciencia que estudia especialmente los medios de sacar más provecho de la producción actual, se trató de amoldar esta ciencia á la manera socialista.

Admitiendo, como Marx, que la «fuerza de trabajo se compre á su justo valor,» lo que es una enormidad, se crea la teoría del aumento de valor, y se procura reducir el socialismo á esta cuestión: «¿á quién, entre el obrero y el capitalista, pertenece el aumento de valor?» El socialismo, esa idea inmensa que abarca todo: costumbres, creencias, necesidades, riqueza, arte, ciencia y moral, se reduce á esta cuestión mezquina: «¿A quién pertenecen las ganancias de tal manufactura? ¿A los obreros que han trabajado en ella ó al capitalista que posee la fábrica bajo la protección de la ley?»

Cuestión grave es esta indudablemente, pero ínfima frente al conjunto de cuestiones vitales suscitadas por el socialismo, ó más bien por el comunismo, cuando arroja el guante á la sociedad entera, á todas sus instituciones económicas y políticas, á sus costumbres como á sus leyes.

Ya que de tal modo se había empequeñecido el socialismo, sólo faltaba un paso para decir: A cada uno según sus servicios, ó mejor: á cada uno

según los servicios que haya efectuado en tal manufactura. Y así se ha hecho. El colectivismo nació.

¿Pero es eso el socialismo?

Para nosotros el socialismo, idea madre del siglo XIX, es una idea mucho más grande; nuestra concepción es mucho más vasta, y, á nuestro juicio, mucho más justa, y esta vez, como siempre, lo más justo es también lo más práctico.

II

Imagínese el efecto que produciría en Europa un telegrama publicado por los periódicos, concebido en los siguientes términos: «Los insurrectos de París, Lyon, Viena, etc., se han apoderado de los bancos; han proclamado las fábricas, los ferrocarriles, propiedad común y discuten en estos momentos los medios de organizar el trabajo en común.»

Se comprende el efecto de este telegrama, sobre todo si añade que han tenido lugar algunas venganzas populares. Ocultaríase el capital; suspenderíanse los pedidos y, con ellos, las industrias. La materia primera que desde el Japón, la China, los Estados-Unidos y Brasil se dirige hoy á nuestros centros industriales no llegaría, y toda vez que ello no se compra con oro, porque la moneda no bastaría para cubrir la centésima parte de las transacciones, sino con letras de cambio, y el crédito desaparecería,—á menos que sobre toda la superficie de la tierra se haga la Revolución Social á una hora fija, suposición absurda é inadmisible,—todas nuestras grandes industrias se paralizarían de repente. Todo lo que hacía vivir á millones de seres humanos se paralizaría.

La Revolución es la Revolución, y ante ella no basta esconder la cabeza entre la arena como hace el avestruz cuando el simoun amenaza, creyendo huir del peligro sólo con no verle.

Paralización de los cambios; paralización de la industria; carencia absoluta de jornales; la negra miseria al cabo de quince días. Hé aquí lo que ha de preverse, en lugar de mecerse en ilusiones.

Es muy bonito decir: el Estado, ó la Commune, ó las corporaciones obreras federadas van á reorganizar la industria. ¿Quién es, pues, ese señor Estado? Quinientos individuos salidos de las loterías electorales ó llevados al poder por la Revolución: los unos predicando el respeto á la propiedad; los otros no queriendo comprometerse; los terceros, nulidades ambiciosas, y algunos hombres honrados entre ellos; que charlan y disputan sin llegar jamás á entenderse sobre ningún asunto, como en el Consejo de la Commune de 1871. O sino, una reunión de concejales que repiten en pequeño la comedia de los grandes parlamentos. O en fin, corporaciones obreras en las cuales el elemento revolucionario se encuentra sumido en un medio, muy honrado sin duda, pero muy poco revolucionario. Y sobre todo, nótese bien, que no se puede reimpulsar la industria, porque ésta se halla fundada sobre la explotación burguesa, sobre el crédito burgués, y sobre las transacciones y las necesidades de los burgueses; en tanto que todo debe reconstruirse sobre una base nueva: las necesidades de las masas.

Los bonos de trabajo de Proudhon, tomados hoy por su cuenta por los marxistas, es una cosa hermosa en el papel y aun podría parecer excelente á quien no se fijase mucho, al que sueña que ha de llegar un día en que quedando todo del mismo modo, salvo la expulsión del burgués, cada uno irá á la misma fábrica donde después de su jornada se le dará un bono que representará «el valor íntegro de su trabajo,»—frase de efecto que se repite sin preguntarse lo que significa,—y con ese bono de trabajo escogerá en los almacenes un pañuelo para su mujer, pan para sus hijos ó vino puro para la comida.

¡Pura utopía!

No obstante, pasemos por la utopía: admitamos por un momento que todo esto es realizable; que se encontrarán los medios de procurarse en seguida la primera materia y los compradores para los objetos de lujo y de exportación que se continúen fabricando; pero que se admita al menos que ha de invertirse tiempo en organizarlo.

Hé aquí entonces nuestra pregunta: ¿Qué comerá el obrero durante ese tiempo? ¿Dónde habitará? ¿Con qué calzará sus hijos? El calzado pronto se gasta, y es preciso comer todos los días. ¿Qué hará el trabajador mientras esos señores organizan su producción y sus bonos de trabajo?

¿Morirá de hambre para dar gusto á los teóricos?

Muy al contrario: creemos que en el curso de los tres ó cuatro primeros días á contar desde el momento en que se haya dado el primer paso hacia la Revolución Social es preciso que los que han sufrido á consecuencia del orden burgués se aperciban que la Revolución marcha en una nueva vía: que ha llegado su hora.

Se proclamó la Commune el 18 de Marzo, y, á nuestro juicio, fué necesario que el 19 no hubiese ya una sola familia trabajadora que no sintiese los efectos de la Revolución en forma de bienestar; que no hubiese un solo individuo obligado á dormir al sereno ó sobre un mal gergón, bajo un techo con goteras. La Commune entonces hubiese tenido doscientos mil combatientes en lugar de diez mil y hubiese sido invencible hasta frente á los cañones prusianos.

Por eso decimos: ó la Revolución será ahogada en sangre ó, despreciando los bonos de trabajo por los «servicios efectuados» á la sociedad, proclamará: Todos, por el hecho de hallarnos aquí, tenemos derecho á una habitación saludable; todos, en tanto que formamos parte de la ciudad rebelde, tenemos derecho á satisfacer nuestra hambre; tenemos tantas casas edificadas, tanto trigo en los almacenes, tantas reses en el matadero, todo es de todos; arreglémonos para hartar á los que lo necesitan; abriguemos á los que carecen de abrigo.

En cuanto á saber si mañana tal trabajador tendrá la dicha de ocupar un empleo útil, ó si á la noche llevará á su casa ó no un bono de trabajo, ya se verá después cuando el trabajo se haya organizado de manera que cada miembro social encuentre trabajo útil que hacer; en espera de esto, tratemos de que todos coman, y cuando todos hayan comido, entonces veremos lo que convenga y lo que no convenga producir; ya

veremos si se producen demasiados géneros de algodón y poco pan, sobra de muebles incrustados y poca cantidad de sencillas y buenas sillas que escasean en la familia del trabajador.

En lugar de aceptar la industria como los burgueses la han fundado, modelaremos nuestra industria y nuestra producción sobre nuestras necesidades.

Por eso afirmamos que el comunismo se impondrá desde los primeros momentos de la Revolución Social.

Vemos las cosas como son, no á través de los espejuelos de Adam Smith ni de Marx, su continuador; por eso somos comunistas.

COMENTARIO

Nuestro querido colega *Le Révolté*, de París, hoy transformado en *La Revolte*, publicó en los números de 12 y 20 de Agosto último los dos artículos que dejamos transcritos.

Refiriéndose á los mismos *El Productor*, de Barcelona, en su número 59 publicó una rectificación de la cual entresacamos los siguientes párrafos, con los que nos hallamos perfectamente de acuerdo:

«Tal vez fuera de España se entienda el colectivismo de diverso modo que los anarquistas españoles lo hemos entendido, cuando con tanta inquina lo combate nuestro querido colega parisiense. Jamás hemos pretendido tener nosotros una organización productora para sustituirla en un momento dado á la actual, muy al contrario, siempre hemos huído de entrar en detalles porque no creemos que éstos deban ni puedan tratarse más que en el momento de plantearse.

»Hasta el día siguiente de la Revolución los anárquico-colectivistas españoles estamos en un todo conformes con los comunistas-anárquicos franceses, ó cuando menos con los que piensan como *Le Révolté*.

»Después... después es de esperar que continúe reinando el mismo acuerdo entre unos y otros.

»Siendo comunes nuestros intereses ¿cómo no habríamos de pensar de igual manera?»

Por cuenta nuestra debemos añadir, que si queda probado que los colectivistas españoles, antes que teóricos que sacrifican la razón á su sistema, somos revolucionarios que queremos que las teorías sean hijas de la razón y de la práctica, no puede tachársenos de que pretendemos dejar subsistente el actual orden económico con una simple reforma.

Declaramos también que si, tanto los que se llaman comunistas como los colectivistas, han de esperar que se satisfagan las necesidades revolucionarias tal como *Le Révolté* las describe y nosotros aceptamos, «para ver entonces lo que convenga ó no convenga producir,» «si tal trabajador tendrá mañana un empleo útil, ó si á la noche llevará á su casa ó no un bono de trabajo,» ni unos ni otros formamos escuela; porque para ello sería necesario que, tanto comunistas como colectivistas, lo tuviesen todo previamente arreglado y previsto, y por tanto las diferencias entre las dos supuestas escuelas son imaginarias.

Quedan, pues, únicamente subsistentes los nombres, que si bien no afectan á lo sustancial de la cosa, aun tiene el colectivismo la ventaja de armonizarse mejor con la anarquía, por cuanto no somete al individuo forzosamente á la comunidad, en tanto que el comunismo tiene el peligro de sofocar las expansiones individuales ante la uniformidad común, dados sus antecedentes autoritarios.

LAS MUJERES INVENTORAS

DESDE que el patriarcado sustituyó al matriarcado, las clases gobernantes, inspiradas en sus intereses, trataron á las mujeres como raza vencida, es decir, como esclavas. Carne de placer, instrumento de generación, cocinera, doméstica, hé ahí en resumen el destino de la mujer, impuesto por la brutalidad de las edades bárbaras y sostenido por la avidez de la burguesía civilizada. La dependencia y la esclavitud del sexo llamado débil se ha justificado siempre por la misma razón, la supuesta inferioridad de la mujer, razón erigida en dogma sacramental y transmitida sin interrupción á través de los siglos. Por una parte, esa inferioridad artificial da lugar á la opresión grosera de la mujer, cuyo desarrollo se ha impedido siempre por mil obstáculos, ó se ha conducido por falsas vías, según la fórmula del egoísmo brutal: la fuerza es superior al derecho. Luego engendrando una adoración insultante, el culto de un místico «eternamente femenino,» que es la farsa más repugnante que haya podido imaginarse. La expresión del egoísmo más refinado consiste en cubrir de flores las cadenas del esclavo, no para aligerar su peso, sino para embriagar de dulces perfumes, para encantar con la brillantez de los colores al propietario esclavista.

No importa que algunos filántropos hayan elevado su voz en nombre de una «justicia eterna,» y reclamen los derechos humanos para aquellas que forman la quinta clase de la sociedad. En vano hubieran predicado esa suprema justicia sin mejorar en lo más mínimo la situación de la mujer, porque jamás la concepción de la justicia cambió la organización social, sino al contrario, la organización social es la que transforma la noción de justicia como todas las nociones morales.

Si la posición de la mujer ha cambiado considerablemente, y mucho más cambiará aún, débese única y exclusivamente á la industria, al desarrollo económico. La industria, hé ahí el factor más revolucionario, la gran libertadora de todas y de todos los oprimidos. Sólo de ella, como el proletario, tiene que esperar la mujer la realización de sus justas reivindicaciones, reivindicaciones indispensables é inevitables como las leyes del universo que tienden á una transformación radical de la sociedad actual en sociedad perfectamente igualitaria. La industria moderna, al añadir á la explotación del hombre la explotación de la mujer, al lanzar á las filas del proletariado la pequeña burguesía, al arruinar la clase capitalista por el exceso de placer y de goce que á sus favorecidos proporciona, va á proveer á los proletarios y á las mujeres de los medios de conquistar, después de luchas y de miserias, una situación digna del

nombre humano. La industria arranca á la mujer del hogar patriarcal, la sujeta á la máquina, la aprisiona en la fábrica; pero, por ese mismo hecho, destruye esa esfera tan restringida de la actividad femenina, sustituye para la mujer la vida pública de amplios horizontes á la limitada vida doméstica, arroja los penates y entroniza la humanidad, con lo cual emancipa á la mujer de la maldición de su inferioridad. La industria demuestra cada día, aunque sólo para aquellos que quieren verlo, que la mujer es igual al hombre en cuanto se le facilita la ocasión y la posibilidad de desarrollar libre é integralmente sus facultades. Las mujeres trabajan diez, doce y aún dieciseis horas seguidas en las fábricas, los talleres, las canteras, las minas, los ferrocarriles, no siendo aventajadas por los hombres ni en fuerza, ni en habilidad ni en tenacidad.

Del mismo modo la superioridad intelectual del hombre, sentada como supremo argumento, llegará á ser poco á poco un cuento de Maricastaña de que se burlarán las generaciones futuras. Y todo esto gracias á la situación económica que obliga á las mujeres á entrar en concurrencia con los hombres en las profesiones llamadas liberales. En la enseñanza, en la administración, en las ciencias, las letras y las artes, hay falanges de valientes mujeres que se lanzan adelante para conquistar un puesto que mantienen con honor. Cualquiera que sea la profesión invadida por las mujeres, no se muestran en nada inferiores al sexo fuerte.

Una vez probada su capacidad de trabajar, de estudiar, de ejercer como los hombres, se les disputa la facultad de crear, de inventar, de innovar. Hé aquí ahora hechos que servirán para destruir también esa última fortaleza de las preocupaciones contra la mujer.

Una revista americana da la lista de las invenciones técnicas hechas por mujeres, entre las cuales se cuentan muchas obreras que han obtenido patente de invención del gobierno de los Estados-Unidos. Esta lista es bastante notable, tanto por el número de las invenciones, como por su importancia, lista aún incompleta, porque, según dicha revista, muchas invenciones importantes han pasado en silencio.

Principia el artículo por la descripción de una máquina de hilar; menciona en seguida un telar que produce triple trabajo que los telares ordinarios; una manivela para barcos de hélice; un eleva cadenas; un aparato de salvamento para incendios; otro para pesar lana, máquina utilísima y de valor inapreciable para la industria lanera; un receptáculo portátil de agua para la extinción de incendios; un procedimiento para emplear el petróleo en lugar de leña y carbón para las máquinas de vapor; un sistema de señales para el cruce de los ferrocarriles en las calles; un método de calefacción para los vagones sin servirse del fuego; un fieltro oleoso para disminuir el frote durante la marcha de los trenes; una máquina de escribir; un sistema de señales para la marina; un telescopio submarino; un sistema para atenuar el ruido de los ferrocarriles; una máquina para la fabricación de papel, otra para la construcción de sacos, etc., etc. Muchos perfeccionamientos de las máquinas de coser son debidos á las mujeres; por ejemplo: un aparato suplementario para coser velas y paños

fuertes; un aparato para enhebrar agujas durante la marcha de las máquinas; un perfeccionamiento para coser cueros, invención de una mujer que ejerce el oficio de guarnicionera hace ya bastante tiempo. El telescopio submarino inventado por la Sra. Mather y perfeccionado por su hija permite examinar la quilla del buque de mayor calado en su posición natural en el agua; con ayuda de ese telescopio se puede examinar desde un buque el fondo del mar y evitar los obstáculos de la navegación, los torpedos, etc., además de esas ventajas prácticas es de esperar que la ciencia saque gran provecho de ese instrumento maravilloso. Una máquina para la fabricación de sacos de papel ha excitado vivamente la atención en Europa y en América, á causa de su complejidad extraordinaria y su construcción genial, siendo de notar que muchos hombres, entre ellos célebres mecánicos, habían intentado en vano la construcción de esa máquina; la Srta. Maggie Sénighi ha salido triunfante, consiguiendo con ello suplir el trabajo de treinta hombres, en la actualidad funciona en Amhersts Massachusets.

Todos esos hechos, á los cuales podrían añadirse otros, son golpes dados á la preocupación de la inferioridad femenina, debiendo tenerse en cuenta que su fuerza es doblemente demostrativa por cuanto hace poco tiempo que la esfera industrial y técnica ha sido abierta á las mujeres. No hay duda que la entrada en concurrencia de las mujeres agravará la situación de los hombres, porque hará bajar inevitablemente los salarios para los dos sexos. Pero la concurrencia femenina es como el empleo de las máquinas: un mal para el presente, una ventaja inapreciable para el porvenir.—CLARA.

(De *La Citoyenne*.)

EL PROLETARIADO MILITANTE

EL estudio del movimiento obrero internacional ofrece un fenómeno extraño para el que carezca de un criterio seguro para juzgarle.

No hace muchos años el proletariado de ambos mundos corría presuroso á la formación de una poderosa y única agrupación obrera internacional; allanábanse todas las dificultades para conseguir el objeto; todo el que desease la transformación de la sociedad para establecerla sobre las bases de la Verdad, la Justicia y la Moral, era aceptado sin distinción de color, creencia ni nacionalidad.

«La unión es la fuerza,» proclamábase en todos los idiomas del mundo civilizado. «¡Obreros, asociaos!» enérgica excitación del Manifiesto de Marx, repetíase en todas las naciones por los iniciadores del movimiento internacional, y los trabajadores acudían con entusiasmo á la asociación, llegando á formar aquella formidable red de secciones y federaciones obreras que derramaron el consuelo y la esperanza en el corazón de todos los oprimidos y los desheredados de la sociedad.

Sucedíanse sin interrupción las reuniones de propaganda, discutíanse en el seno de las secciones los fundamentos sociales, dábanse repetidas conferencias sobre multitud de asuntos relacionados con la ciencia, la

filosofía y la historia, y se creaba, á la par que la aspiración concreta y bien definida de la participación de todos en el patrimonio universal, esa pasión, motor principal de las acciones humanas, fuego que anima la actividad, la energía y la potencia populares.

Los congresos nacionales é internacionales celebrábanse con regularidad, y sus acuerdos elaboraban paulatinamente el nuevo evangelio, que, como producto del pensamiento humano, no de mentida revelación, se imponía á todos los trabajadores del mundo, no como un dogma obligado por la fe, sino como una verdad demostrada por la razón.

Los gobiernos vieron con sorpresa tan extraordinario fenómeno, y la diplomacia recibió la misión de poner un dique á la marea ascendente de la Internacional. Favoreciéronle la guerra franco-alemana y la derrota de la *Commune* de París, y la burguesía, pasados estos sucesos, durmió confiada creyendo que las hecatombes de la guerra, los fusilamientos y deportaciones de la venganza, y las limitaciones del derecho de asociación efectuadas por los gobiernos, habían aniquilado la hidra revolucionaria.

Lo cierto es que la Internacional, que cual un meteoro desconocido brilló un momento sobre el horizonte y asustó á la ignorante burguesía, se desorganizó por causas bien distintas de las dispuestas para conseguir este resultado por la torpeza de los burgueses. Sucumbió aquella organización porque las preocupaciones de raza y de secta habían de superponerse necesariamente á las vagas abstracciones de Verdad, Justicia y Moral si no se sometían á la fuerza coercitiva de una autoridad, y como la autoridad necesaria para obtener ese resultado no existía, pasado el rápido fulgor del entusiasmo surgió la natural disgregación; los que se unieron á pesar de conservar sus creencias particulares, vivieron unidos mientras el fuego del entusiasmo las eclipsó, y se separaron cuando la persecución y la acción del tiempo extinguieron aquel pasajero ardor.

Aceleraron esta descomposición los conatos autoritarios del Consejo general, que intentó en vano crear por medio de habilidosas intrigas un poder revolucionario internacional en el Congreso de la Haya, consiguiendo únicamente la retirada de la minoría de aquel Congreso, y la celebración del pacto de amistad y confraternidad de Saint-Imier.

A partir de este momento cada nación reconcentró sus propias fuerzas; los arrastrados por el entusiasmo se retiraron, pero llevando cada cual el germen de la idea socialista que les inhabilitaba para prestarse á ser de nuevo instrumentos de la burguesía; quedaron en todas partes los convencidos en número suficiente para constituir potentes núcleos que oportunamente habían de convertirse en centros de atracción que agrupasen los elementos dispersos.

Pocos años han sido necesarios para verificarse tan importante transformación, y hoy vemos que todas las previsiones de la burguesía dominante para combatir los progresos del socialismo han sido estériles.

Inglaterra, además de sus antiguas *Trades-Unions*, tiene la Federación democrático-social y la Liga Socialista extendidas por toda la na-

ción, que con sus periódicos, sus meetings y sus asonadas populares, causan el desasosiego de sus nobles y ricos lores.

La pacífica Holanda hállase agitada por las huelgas y los motines populares; multitud de periódicos socialistas difunden las ideas revolucionarias, y ha constituido un partido obrero inteligente y poderoso que tremola con valor la bandera roja.

Francia lucha incesantemente por la revolución social en sus grandes centros industriales, en las cuencas hulleras, en sus periódicos, en sus frecuentes congresos, en el Parlamento, y las grandes emociones de la lucha de aquel país, que tiene el privilegio de fijar la atención del mundo todo, reproducidas en la prensa universal por la multitud de sus corresponsales, repercuten en todas las naciones.

Italia hállase agitada por la actividad de los anarquistas y del partido obrero, y cuenta con una prensa socialista que alterna la demostración científica de los principios revolucionarios con las excitaciones más enérgicas de la pasión.

Alemania dió no há mucho el espectáculo de haber recogido en sus urnas electorales los votos de un millón cien mil socialistas.

Bélgica, Suiza, España y Portugal, han dado fisonomía propia á sus clases trabajadoras respectivas, que responden á la actitud en que se halla el proletariado de todas las naciones.

En el Nuevo Mundo se siente el movimiento proletario desde el San Lorenzo hasta el Plata: en el Sur por la emigración latina; en el Norte, por la germánica, al mismo tiempo que por el elevadísimo grado de explotación á que ha llegado el capitalismo en los Estados Unidos.

Vivo el espíritu de clase y unánime la aspiración revolucionaria en cada nación, falta, si hemos de seguir la preocupación burguesa, un centro de unión, una dirección inteligente. ¿Se formará ese centro? No queremos profetizar sobre ese detalle, relativamente secundario, pero nos inclinamos á la negativa.

Lo que une es el pensamiento, y en este punto el proletariado universal hállase unánimemente conforme en la destrucción del jornal y en la necesidad de conquistar la toma de posesión del patrimonio universal. Sin centro de unión, sin entidad directiva, en cada país conservará el proletariado su fisonomía propia, y su iniciativa y su actividad responderán positivamente al grado de desarrollo que en el mismo alcance la idea revolucionaria; no habiendo, por tanto, peligro de que se convierta en instrumento de bajas pasiones personales, y hallándose en disposición de responder espontáneamente cada vez que la solidaridad lo exija, tanto respecto de la acción como de la propaganda.

Consciente ya el proletariado respecto de su derecho, y aleccionado por la experiencia y por su propio criterio para desarrollarse y obrar libremente, constituye hoy una verdadera potencia, que se acrecentará cada día y llegará infaliblemente al logro de sus aspiraciones para bien de la humanidad y satisfacción de la justicia.

Tal es el proletariado militante.—L.

DEGRADACIÓN

PRETENDEN todas las religiones que fuera de ellas no hay virtud ni santidad posibles. Pero más que ninguna otra, el cristianismo, con sus predicaciones de apartamiento de las cosas humanas, conduce al hombre á la negación de sí mismo por la degradación de todas sus facultades. Abandonar las cosas terrenas, ahogar toda pasión humana, olvidarse por completo de sí mismo para consagrarse en absoluto á Dios; tal es la moral cristiana.

Matar en el hombre el sentimiento de su dignidad, aniquilar la convicción de su *yo*, hacerle prescindir de cuanto le rodea para vivir consumido constantemente en la visión de lo absoluto, equivale á degradarle y envilecerle. Pues bien; á todo esto llama el cristianismo santidad y beatitud, y tales trazas se ha dado, que sobre esta doctrina absurda se fundan todas esas prácticas aniquiladoras que inventó el ascetismo para vergüenza eterna de la humanidad y del hombre.

El siglo xvii nos ofrece un ejemplo elocuentísimo de esta degradación á que conduce al hombre la idea religiosa.

No es una entidad vulgar, no es una medianía; es una eminencia científica, un sabio de aquel tiempo, quien nos proporciona la mejor prueba de esta afirmación nuestra.

¿Quién no ha oído alguna vez el nombre de Pascal? En Clermont nació y apenas contaba 12 años de edad descubrió, sin ayuda de libro alguno, las primeras proposiciones de geometría, entre ellas la XXXII de Euclides; á los 16 años compuso un tratado de *Secciones cónicas* y á los 18 una *máquina aritmética*; á los 23, y al conocer los experimentos de Toricelli, se dedicó á otros como el del vacío, probando claramente la presión del aire, y escribió por último su *Tratado del equilibrio de los líquidos*.

Mas ¡ay! que Pascal abandonó entonces las ciencias humanas porque, según expresión de su hermana Mad. Perier «la Providencia quiso que leyese algunos escritos piadosos, y Dios iluminó de tal modo su inteligencia, que comprendió perfectamente que la religión cristiana nos obliga á no vivir más que para Dios.»

Y aquel cerebro privilegiado, aquella inteligencia indagadora, entregóse en cuerpo y alma á los más absurdos desvaríos, privando así á la humanidad de sus servicios científicos.

Aquellos pescadores de hombres, según la expresión evangélica, catequizaron para la ignorancia una de las lumbreras de la humanidad.

A los 30 años resolvió separarse del trato social, á pesar del mal estado de su salud, para consagrarse á la *salvación de su alma*. Empleó su tiempo en leer las Escrituras y en la oración, y de tal manera se apoderó de él la teología cristiana, que perdió para siempre su espíritu de análisis é investigación maravillosos, tanto, que si alguna vez acudió á su cerebro, lo rechazó con desprecio. En sus largas vigiliass descubrió una noche la proposición sobre la *cicloide*, solución de los problemas más difíciles que se conocen en cuanto se refiere al análisis infinitesimal, y

como hacía ya tiempo que abandonara las ciencias, no intentó escribir la demostración (1).

Para él era cosa penable buscar diversiones, curar sus dolencias, cuidar de su persona: sufrir, y sufrir resignado, era su ideal y su vida. La duda, la duda terrible de muchos principios metafísicos le empujaba más y más cada día hacia esta vida de aniquilamiento y desesperación.

¿Quién había de creer que el matemático insigne, el filósofo notable, el literato ilustre, había de pasar por las horcas caudinas del *milagro*?

Oigamos á su hermana: «Por aquel tiempo quiso Dios curar á mi hija de una fístula lagrimal que progresaba incesantemente, interesando, no solamente el ojo, sino la nariz y la boca. La fístula era de tan mala calidad que los más hábiles cirujanos de París la consideraron incurable. Sin embargo sanó en un momento y sólo con tocarle con una santa espina; y este milagro fué tan auténtico, que lo reconoció todo el mundo, y aún muchos médicos de los más hábiles de Francia, por cuya razón fué autorizado en virtud de un juicio solemne de la Iglesia.

»Mi hermano se conmovió profundamente, porque consideró tan señalada gracia como concedida á él mismo.
Nunca como entonces manifestó deseos de trabajar para refutar los principales y más falsos razonamientos del ateísmo.»

Pero aun hay más. En su horror á las cosas terrenas llegó hasta sentir serios temores por el resto de trato social que se veía obligado á sostener con muchas personas que iban á consultarle sobre asuntos religiosos, y para compensar este quebrantamiento de su retiro, se ponía en ciertas ocasiones un cinturón de hierro erizado de puntas, y cuando, donde quiera que estuviese, sentía impulsos de algún placer, golpeaba con los codos en el cinturón, redoblando así la violencia de las picaduras y alejando por este medio todo pensamiento *pecaminoso*.

¿Hay nada más brutal, nada más anti-humano, nada que contravenga más las leyes de la naturaleza que la práctica ideada por Pascal? ¿Hay algo que se asemeje á esta demencia incomprensible de una inteligencia poderosa y brillante?

Pues todo eso es fruto de la idea religiosa, del credo cristiano. Y no se arguya que el cristianismo es ajeno á todas esas prácticas, porque él predica, por boca de los apóstoles y del Maestro, el abandono de todo lo mundano, el desprecio de uno mismo, la renuncia á todo lo humano, y si en el libro puede parecer muy bella tal teoría, en la esfera de los hechos los resultados no son otros más que ese inmenso cúmulo de horrores y martirios que degradan y envilecen al hombre.

«No me tengáis lástima, decía Pascal, en los momentos que más le atormentaban sus dolores; la enfermedad es el estado natural de los cristianos, y así debiera estarse siempre, con el sufrimiento, con la privación de todos los bienes y de todos los placeres de los sentidos, sin pa-

(1) Gracias á haberla comunicado á un su amigo de confianza no se perdió aquel descubrimiento.

siones, sin ambición, sin avaricia y esperando continuamente la muerte.»

¿No os parece que estas mismas palabras podía haberlas dicho el Cristo?

Abrid los evangelios, leed con cuidado sus consejos y no sacaréis en resumen otro resultado que esa misma filosofía (!) que hace hablar á Pascal, lleno de sufrimientos y agobiado por la enfermedad de tal manera.

La abstracción, y sólo la abstracción, esta vez encarnada en la idea religiosa, puede conducir al hombre á tales desvaríos.

¿Qué es, pues, la religión?

No es dudosa la respuesta: la degradación del sér humano.

El mismo Pascal nos lo dice: «El hombre no es ni ángel ni bestia; y la desgracia quiere (su mismo organismo ha debido decir) que cuando se empeña en hacer el ángel, haga la bestia.»—R. M.

LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

VI

HEMOS considerado hasta ahora los dos primeros elementos, en virtud de los cuales, se manifiesta la actividad del hombre en la producción de lo útil, á saber: 1.º la tierra; 2.º el trabajo.

Dijimos también que el total de esos elementos eran cinco, faltando, por tanto, el examen ordenado de tres de ellos.

Hemos demostrado que sin la *tierra*, primer elemento, el *trabajo*, elemento segundo, era imposible, y ahora es preciso demostrar que la acción simultánea de esos dos elementos, tierra y trabajo, es necesario, indispensable á la formación del tercer elemento, el *capital*. Por consiguiente, afirmamos como un axioma que *sin la tierra y el trabajo, la formación del capital es imposible*.

La cuestión, pues, se presenta naturalmente en esta forma: ¿qué es capital? Cuestión muy sencilla al parecer, y sin dificultad realmente para responder á tal pregunta, y que sin embargo, no puede ser resuelta en una sola afirmación, porque el capital existe por sí mismo, no en una forma sencilla ó simple, sino en formas tan numerosas como complejas.

Nosotros no podemos convencernos mejor de la dificultad de responder á esta pregunta: «¿Qué es capital?» de un modo sencillo y usual, sino revisando las obras de los economistas desde Turgot hasta Thornton, y tomando buena nota de sus diversas opiniones acerca de este punto. Así observamos que los términos dinero, riqueza, caudales, etc., han sido empleados por dichos autores como sinónimos de capital; veremos también que han considerado el capital dividido en varias clases, tales como capital fijo, capital en circulación, capital improductivo, capital agrícola, capital mercantil y monetario, etc., todo lo que ha contribuido más á mixtificar las ideas del pueblo que á ilustrarlo.

El capital nunca es de buen origen fuera del trabajo, aunque hay valores que no son resultado del trabajo, y aun vienen á ser auxiliares del trabajo en la producción, tales como el calor solar, el magnetismo terrestre, la fuerza del viento, del agua, etc.

Capital es, pues, la acumulación de los resultados del trabajo aplicados á la producción; y el capital colectivo del mundo ó capital social, se compone de todos los productos, herramientas y máquinas, las fuerzas físicas y conocimientos adquiridos de la humanidad, y cada cosa y todas las que contribuyen

de algún modo al aumento de la producción, á la formación del capital, ó á la creación de lo útil.

Todo eso que es un auxiliar del trabajo, la suma total de todas las fuerzas y facultades humanas, cada herramienta ó instrumento, cada uno de los medios que emplea la industria ó que puede concurrir á la producción de lo útil, todo lo que puede ser tasado, estimado ó valuado, comprado ó convertido en instrumento de trabajo, ó que puede llegar á ser objeto de consumo productivo reproductivo, es capital.

Puede decirse que el acto del cambio hace que el capital sea distinto del producto, según la manera de emplearlo, ó según su destino.

Por ejemplo: la lana cuando se ha convertido en hilo de estambre es el producto del obrero hilador; cuando ha sido comprada por el fabricante se convierte para él en capital, porque la convierte en paño, es consumo reproductivo. El paño que para el fabricante es un *producto*, se convierte en *capital* para el sastre; cuando el sastre hace de él uno ó más trajes, entonces se convierte en un producto de su trabajo. Una sierra, que no es más que un *producto* para el que la construye, es *capital* para el carpintero; del mismo modo el acero, que es *producto* del fundidor, es capital para el constructor de sierras.

Se ve, pues, claramente que el capital y la producción no son sino una misma cosa que toman distintos nombres según sus diversos fines y destinos.

No hay, por tanto, más que una clase de capital, y en la industria del mundo hasta el día (con la excepción de dos ó tres ejemplos muy notables), ha sido siempre dedicado á un mismo objeto, jugó siempre un mismo papel, á saber: el de aumentar la riqueza cuando era utilizado por los obreros; explotado por los capitalistas, se le consagró á obtener alquileres, rentas sobre casas y campos, tantos por ciento, anualidades, rentas vitalicias, beneficios de todas clases, dividendos, premios, etc.; en una palabra, se ha dedicado á recabar del trabajador un beneficio neto en cambio de sus pretendidos servicios á la industria; ha sido prestado á interés y usurariamente sobre hipotecas; se forma descontando sobre letras crecidos intereses, espoliando la industria de innumerables modos en tanto persuade á los trabajadores de que el capital presta al trabajo incalculables beneficios; y el capital, que por su misma naturaleza debiera ser un auxiliar del obrero, se ha convertido realmente en su opresor por el hecho de que mediante el mismo los propietarios del capital, los llamados capitalistas, han confiscado una parte de los resultados de su trabajo, y han monopolizado lo que en justicia pertenece al trabajador; de aquí que el capital sea un instrumento que los capitalistas emplean en detrimento del obrero y capital y capitalistas son términos que se usan como sinónimos é idénticos.

El capital es materia sujeta á modificación en un cierto grado solamente. El capitalista es un compuesto de materia, inteligencia y moralidad, y está sujeto á modificación en un grado mucho más elevado. Es evidentemente imposible encarnar en el capital sentimiento alguno de moralidad; es por el contrario posible siempre inculcar un sentimiento de moralidad al capitalista.

El elemento de moralidad no puede, por tanto, ser desenvuelto en el capital y modificarlo; puede ser desarrollado en el capitalista y modificarlo.

La ausencia de desarrollo moral en el capitalista, así como la pobreza de percepción intelectual común á todos los hombres es la que convierte al capitalista en enemigo del obrero.

La cuestión de si el capitalista está ó no sujeto á influencias de la moral es muy importante, pues decide si el problema del trabajo es ó no es soluble por

medios pacíficos y morales, ó por medios físicos y apelaciones á la fuerza.

Una vez visto qué es el capital, veamos cómo se forma.

El capital se forma por la acción combinada del trabajo y de la tierra. La tierra, que es de un carácter puramente material, el trabajo, á la inversa, cuyo carácter distintivo es completamente inmaterial. Así, pues, puede decirse que el capital, que es por sí mismo uno de los elementos de la producción, se compone de dos elementos inferiores, el primero de los cuales es el trabajo realizado sobre el segundo elemento, que es el *substratum* ó producto de la tierra en el sentido que damos nosotros á la palabra en los capítulos anteriores, y este *substratum* es el que nosotros afirmamos que no cuesta ni pena ni trabajo ni esfuerzo alguno al hombre, y que en consecuencia es un valor dado gratuitamente por la naturaleza al hombre, á la sociedad, y por tanto no debe ser monopolizado individualmente, sino existir como la naturaleza se propuso que existiera, como posesión colectiva de la sociedad en beneficio de la humana especie, y no en provecho de unos cuantos privilegiados.

Y sostenemos más, sostenemos que ese *substratum* que ha sido valuado por el hombre, ó mejor dicho, al cual dieron los hombres un valor en cambio, si se reservase á la sociedad en vez de ser monopolizado por los privilegiados, produciría un fondo suficiente á costear con holgura los gastos de administración de la colectividad, ó en términos corrientes, á costear los gastos de gobierno.

Si la definición de capital que hemos expuesto es correcta, nos conduce necesariamente á corregir un grave error, en el cual han incurrido la mayor parte de los que se han ocupado del movimiento obrero, afirmando «que el capital es enemigo del trabajo.» Esta aserción es realmente falsa, y prueba que los que la han hecho, no son muy hábiles para el análisis filosófico. Cuando afirman que el capital es enemigo del trabajo, dicen simplemente que los propietarios del capital, esto es, los *capitalistas* son enemigos de los *trabajadores*.

Entre el capitalista y el obrero, la enemistad, esto es, la no identidad de intereses, puede existir, y realmente existe; mas entre el capital y el trabajo no puede haber enemistad, diferencia alguna: sus intereses son idénticos, y lo son necesariamente porque son uno mismo é inseparables. El trabajo de hoy no es solamente capital del mismo día, sino que también el producto del trabajo del momento, no consumido, se convierte en capital para el día siguiente. Es necesario comprender bien este simple hecho, á fin de distinguir perfectamente la diferencia que existe entre el *capital* y el *capitalista*.

El capital no es consumible y auxilia la producción; el capital es, por tanto, el mejor amigo del trabajo, de hecho, es parte del trabajo mismo.

El capitalista es un consumidor, y frecuentemente estorba la producción, en cuyo caso el capitalista es realmente enemigo del trabajador. Es preciso, no sólo determinar y entender esa diferencia, sino que también debéis establecerla definitivamente por y para todos los que toman la defensa de los obreros. La confusión que se origina de la falsa aplicación ó empleo de los términos, es con frecuencia perjudicial para la causa que se defiende. No debemos consentir que nuestros sentimientos sojuzguen nuestro juicio: el corazón ha de ser contrabalanceado por el cerebro si hemos de obtener en la batalla la victoria.

Hemos demostrado que el capital se compone de todos los materiales inexplorados, de la maquinaria, las herramientas, etc. No olvidemos que las herramientas ó instrumentos de trabajo pertenecen á los proletarios. El hecho de ser *monopolizados* por los *capitalistas*, es otra razón que ha determinado el concepto de que el capital es enemigo del trabajo: tal enemistad no existe en

modo alguno por la maquinaria misma, y los instrumentos de trabajo, sino en virtud del hecho de la monopolización; de aquí que el *capital* pueda hacerse *asequible al trabajo*, y no ser monopolizado; pueda hallarse á disposición del obrero á fin de que ejercite libremente su poder productivo, y no bajo el exclusivo dominio de los capitalistas que, animados por sus propios intereses personales, ó por su capricho, pueden impedir que el obrero produzca y viva.

Para conseguir tal cambio, es necesario una obra casi desesperada, pero nos reservamos demostrar la posibilidad de obtenerlo para cuando tratemos del seguro y de la maquinaria.

Como el capital es uno de los elementos de la producción de la riqueza, una porción de esa riqueza producida, corresponde en justicia al capital como recompensa (1). ¿Cuál debe ser esa porción? ¿Cómo determinarla? Pues bien: Como hemos admitido que la injusticia y la miseria provienen en gran parte de haber concedido á algunos de esos elementos una porción mayor de la que le corresponde por su mérito, lo justo debe obtenerse dando á cada uno una parte matemática y equitativa. El capital, por tanto, tendría derecho á una parte tal como fuese necesaria á su conservación y á su reposición, demandada por el uso y desgaste, esto es, un equivalente á su desmejoramiento.

No se crea que al hablar de la reposición del capital, pasamos por alto la necesidad de proveer á su aumento. Nosotros creemos que el aumento del capital está comprendido en el aumento que hemos llamado de seguridad, y cuando tratemos de él, indicaremos los medios de asegurar este indispensable progreso del elemento capital.

CIRCULAR NÚM. 57 DE LA COMISIÓN FEDERAL

A TODAS LAS COMARCAS, FEDERACIONES LOCALES Y SECCIONES DE LA FEDERACIÓN DE TRABAJADORES DE LA REGIÓN ESPAÑOLA

COMPAÑEROS: La lucha de clases, latente desde mucho tiempo, se acentúa. Lo han demostrado Inglaterra, Bélgica, Francia y Estados-Unidos con sus grandes huelgas á la par que con potentes manifestaciones; Alemania, Austria, Suiza y España, en medio de continuas persecuciones y en lucha también. Todo el mundo proletario se remueve, todo bulle, por todas partes produce calor y despliega fuerza, teniendo que ser su resultado fatal la disolución completa de la actual organización social. Había de ser la Gran República,—el Norte-América,—la que había de darse mayor cuenta de este estado, por ser la nación más rica, la verdadera nación burguesa, y por ende la que más miseria encierra también. El hielo ha de producir necesariamente frío, el fuego calor; esta diferencia marcada de clases, la guerra; y por eso allí se han producido esas grandes huelgas de Mayo, que acabaron en lucha sangrienta por las calles y con la prisión de nuestros compañeros Spies, Schwab, Neebe, Parson, Fischer, Ling y Engel. No importa no se hayan podido dar pruebas palmarias en contra de nuestros amigos, se les condenó á muerte; apelan al tribunal superior de Illinois,—uno de los Estados de la Unión,—costándoles esto 20,000 pesos y nuevamente se les condena á pena igual, fijando para cumplir dicha condena el 11 de Noviembre.

Quieren nuestros compañeros agotar todos los recursos legales antes de apelar á la lucha, en fuerzas tan desiguales, y sólo queda ya un medio legal, es este apelar al tribunal federal de la República; pero para esto se necesita un verdadero capital que ha

(1) Se sobreentiende desde luego que así como el trabajador tiene derecho á una parte de la producción para reponer y conservar sus fuerzas, corresponde de igual modo á todo lo que constituye capital, instrumentos de trabajo, tierra, máquinas, etc., una parte alicuota para su conservación y reposición, tan necesarias como las del trabajador, en el supuesto bien entendido de que el autor no se refiere en modo alguno á esa otra parte que el capitalista percibe falseando sórdidamente este mismo argumento. No es el capitalista, es el capital el que directamente obtiene ese tanto por ciento para reponer lo que el uso ha deteriorado y conservar lo que permanece en buen estado. No otra cosa se hace en la práctica, si bien merquinamente, á causa de las egoístas miras de los que poseen el capital por el privilegio exclusivo é injusto.—(N. del T.)

de hallarse y debe aprontarse, y nuestros compañeros, que saben que la causa que defienden no es nacional, sino internacional, llaman al proletariado del mundo entero en su ayuda. Se trata, no sólo de la vida de siete compañeros, sino de ver quién vence á quién, y los anarquistas españoles, haciendo caso omiso de la crisis que atravesamos y de las persecuciones que sufrimos, y con todo y estar tan faltos de dinero como sobrados de voluntad, hemos de hacer un esfuerzo supremo acudiendo en ayuda de nuestros hermanos, los anarquistas, los proletarios todos, pues la causa de los anarquistas norteamericanos es la suya. A este afecto esta C. F. abre una suscripción voluntaria, á la que espera no ha de mostrarse sorda ni una sola colectividad. Son estos momentos de prueba y sacrificios, y hemos demostrado distintas veces ser dignos de lo primero y saber mantenernos en lo segundo, y no podemos desmentirlo en momentos como los presentes. Basta, pues, de manifestaros ideas que vosotros sentís, mejor que las sabemos expresar nosotros, y manos á la obra; remitidnos, si puede ser antes del 15, ó á la mayor brevedad posible, cuanto hayáis podido recaudar entre individuos y colectividades, y lo remitiremos á su destino.

¡La burguesía quiere luchar, pues lucharemos!

Os desea S. A. F. y C.—Por la C. F.—*El Secretario*.—España y Octubre de 1887.

MISCELÁNEA

A medida que se acerca el 11 de Noviembre aumenta la efervescencia y la ansiedad del proletariado universal. Los siete trabajadores condenados á muerte por la república modelo atraen todas las miradas y son como una bandera que auna y agrupa las huestes obreras de todo el mundo. Todo son mensajes, meetings, suscripciones, etc., manifestaciones con las cuales los trabajadores del mundo civilizado protestan del atropello de que son víctimas sus hermanos de la república norteamericana y de fraternal simpatía hacia aquellas desgraciadas víctimas.

Los anarquistas españoles, correspondiendo á las excitaciones del Comité de Defensa, según carta publicada en *El Productor* y Circular de la Comisión Federal, han organizado una suscripción, que, según nuestras noticias, va en muy buena vía.

La burguesía se muestra vengativa é inexorable: tanto peor para ella; porque el progreso no ha de dejar de efectuarse, y á pesar de su soberbia la emancipación social de los trabajadores ha de consignarse en la historia como un hecho consumado.

Nuestro colega y hermano *El Productor* ha sido denunciado. Como este tropiezo hace necesarios sacrificios especiales, recomendamos á cuantos deban cooperar á ellos sacudan toda negligencia y activen la remesa de los correspondientes auxilios.

El trabajo que con el título «Ciencia burguesa y Ciencia obrera» publicamos en el presente número, fué leído por su autor en la inauguración de las Conferencias de Estudios Sociales organizadas por la Federación Barcelonesa.

Son deliciosos los siguientes datos que tomamos de un diario político acerca de la miseria reinante en la capital de Austria:

«Entre los niños que concurren á las escuelas elementales, unos 2,500 se hallan al fin de la jornada literalmente estenuados de fatiga y hambre.

»119 niños no comen nada al medio día: 585 comen poquísimo á la misma hora: 187 toman algunos alimentos fríos: 266 se desayunan con un pedacito de pan: en fin, 900 tienen que contentarse por comida con mojar pan en una taza de café.

»Durante el invierno aumentanse esas privaciones, habiendo escuela de los barrios pobres que ella sola cuenta al medio día 400 niños que se quedan sin comer.

»Para acallar un tanto el hambre de esas pobres criaturas, los padres les administran por la mañana una dosis de aguardiente, por manera que compareciendo á la escuela medio ebrios, pasan el día en un estado de atontamiento poco favorable para el estudio.»

A ese resultado hemos llegado después de 19 siglos de cristianismo y 1 de constituciones liberales basadas en la declaración de los derechos del hombre.

Eso se llama caridad y democracia.

LA Revolución es vieja en el mundo, pero hasta hoy ha sido ineficaz.

Movimientos encaminados á destruir una forma del mal se han efectuado siempre; correctivos apropiados á la manera de ser de aquel mal particular se han aplicado cada vez que la opinión ha alcanzado consistencia suficiente para traducirse en hechos y obtener la victoria; mas en las mismas garantías empleadas para que el mal no se reproduzca se han guardado sus gérmenes, y el mal ha retoñado fuerte y vigoroso; tanto, que si se considera la proporción relativa al mayor grado de instrucción, al mayor número de individuos conocedores del derecho y al valor material que por esas consideraciones representa la injusticia hoy dominante, existe en la actualidad un mal mayor que el existente en cualquier otra época histórica.

Guiados por generosos ideales, los fundadores de la Unión de la América del Norte establecieron aquella república á costa de grandes sacrificios; el bien parecía haber encontrado una patria; todo inducía á creer que la justicia había hallado su fórmula práctica; diríase que la fraternidad, tan solicitada por los filántropos de todas las épocas, hallábase dispuesta á extender su bienhechora influencia por aquellas hermosas ciudades creadas como por encanto por la magia del trabajo libre, y aquellos campos recientemente abiertos por la civilizadora reja del arado. La libertad iluminó al mundo, no por una alegórica estatua como la inventada por la iconografía burguesa, sino en su sentido más expresivo y directo, dando un positivo impulso á la Revolución francesa, tan importante, que entre las causas de aquel gran acontecimiento casi se puede dar tanto valor á la entrevista de Washington y Lafayette y al viaje de Franklin á París como á los efectos del trabajo de los enciclopedistas.

Pero en aquella nación esperanza de todos los oprimidos, patria de todos los expatriados del viejo mundo, deslízase la esclavitud, se desarrolla rápidamente y amenaza convertir la república en oprobio de la humanidad. Su vitalidad libertadora no decae, y tras una sacudida tan vigorosa que no tiene ejemplo en la historia caen vencidos los esclavistas del Sud, y la libertad resplandece nuevamente. Quedaba existente el capitalismo, y éste, no habiendo aún extremado su maléfica influencia, sólo causaba admiración por las maravillosas obras por su iniciativa creadas. Mas las mismas necesidades de la vida nacional, tanto como la codicia de los capitalistas, les lleva á exagerar la creación de productos, la exportación y la explotación de los trabajadores, con lo cual aquella república crea la crisis para la vieja Europa y el problema social en su propio país.

Allí todo se hace con rapidez: en cuanto los trabajadores sienten la necesidad de agruparse y luchar, forman gigantescas agrupaciones y declaran huelgas de líneas enteras de ferrocarriles; por su parte la burguesía no se descuida y emplea para su conservación medios apropiados; siguen su curso las sucesos, y trátase de celebrar en Mayo del pasado año una huelga general; resiste y combate la burguesía, y después de vencer quiere recrearse con el placer de la venganza, y á semejanza de los antiguos mejicanos se reserva algunas víctimas para ofrecerlas en holocausto á su dios: eso representan los siete trabajadores sentenciados en Chicago.

¡El iris de paz se convirtió en negra tempestad! ¡El triángulo republicano pesa sobre los trabajadores libres como el cetro de un tirano de la Antigüedad sobre los trabajadores esclavos!

¿Cuál es la causa de esa transformación? ¿Por qué tan hermosos propósitos, tan risueñas esperanzas se convirtieron en tan odiosas realidades? Para nosotros es evidente la causa: porque, desconfiando de la bondad de los hombres, las revoluciones confían á la autoridad la represión de las demasías que puedan cometer; y como por evitar que unos hagan el mal se da á los otros el medio de hacerlo, éstos lo hacen siempre en relación con los medios de que disponen; en una palabra: las revoluciones se esterilizan porque la autoridad no queda absolutamente destruída.

Esto comprenden hoy los trabajadores, para hacerlo práctico se preparan, y quién sabe si el drama que se desarrolla en Chicago será el preludio de la Revolución Social.—L.

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.